

REGOCIJÁNDOSE EN
CRISTO

Michael Reeves

Autor de Deleitándose en la Trinidad

REGOCIJÁNDOSE EN
CRISTO



REGOCIJÁNDOSE EN
CRISTO

Michael Reeves

EDITORIAL
EBI

Regocijándose en Cristo fue publicado originalmente en inglés con el título *Christ Our Life*.

Copyright © 2014 by Michael Reeves.

Originally published in English under the title *Christ Our Life* by Paternoster, an imprint of Authentic Media Limited, PO Box 6326, Bletchley, Milton Keynes MK1 9GG. All rights reserved.

Todos los derechos reservados. Sin permiso escrito por parte de los editores, ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni procesada en forma alguna o por medio alguno, ya sea de manera electrónica o mecánica, ni por medio de ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información masiva, excepto para citas breves en reseñas. Todas las solicitudes deben ser enviadas a Editorial Bautista Independiente.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960® © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso.

Edición traducida al español © 2026 por Editorial Bautista Independiente, Estados Unidos. Todos los derechos reservados.

© 2026

EB-622

ISBN Impreso: 978-1-964427-67-6

ISBN Ebook: 978-1-964427-68-3

Editorial Bautista Independiente

3417 Kenilworth Blvd.

Sebring, FL 33870

www.editorialebi.com

(863) 382-6350

Impreso en Colombia

Tabla de contenido

Introducción · El cristianismo es Cristo	9
Capítulo 1 · En el principio.	13
Capítulo 2 · ¡He aquí el hombre!	41
Capítulo 3 · Ida y vuelta	73
Capítulo 4 · Vida en Cristo.	107
Capítulo 5 · ¡Ven, Señor Jesús!	135
Conclusión · Ningún otro nombre bajo el cielo.	155
Notas	159
Índice de figuras	165

Para mi muy amado hermano,
que lleva el nombre de Cristo.

INTRODUCCIÓN

El cristianismo es Cristo

Jesucristo, el Hijo perfecto de Dios, es el Amado del Padre, el Cántico de los ángeles, la Lógica de la creación, el gran Misterio de la piedad, el Manantial inagotable de vida, consuelo y gozo. Fuimos creados para encontrar nuestra satisfacción, el descanso de nuestro corazón, en Él. En pocas palabras, este libro tratará sobre disfrutar de Él, deleitarnos en Su total suficiencia para nosotros y considerar todo lo que Él es: cómo Él revela a un Dios inesperadamente bondadoso, cómo Él hace, define —cómo Él *es*— las buenas nuevas, y cómo Él no solo le da forma a la vida cristiana, sino que es en sí mismo la forma de esta.

Hubo un tiempo en que un libro como este habría sido completamente común y corriente. Entre los antiguos puritanos, por ejemplo, apenas se puede encontrar un escritor que no haya escrito —o un predicador que no haya predicado— algo llamado *The Unsearchable Riches of Christ* [Las inescrutables riquezas de Cristo]; *Christ Set Forth* [Cristo expuesto]; o algo similar. Sin embargo, hoy en día, ¿qué es lo que vende? ¿Qué es lo que le pone una sonrisa en el rostro al librero? El libro que trata sobre el lector. Las personas quieren leer sobre sí mismas. Por supuesto, no hay nada necesariamente malo en eso; pero de eso no se

trata principalmente la vida. «Porque para mí el vivir es Cristo», dijo el apóstol Pablo. «Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor» (Fil. 1:21; 3:8). Palabras sorprendentes, que con demasiada facilidad se descartan como un exceso de entusiasmo religioso. Pero Pablo no estaba delirando; estaba hablando claramente la sabiduría más profunda: que la vida se encuentra en Jesucristo, el autor y la fuente de esta, y si lo conocemos correctamente, no encontraremos nada tan deseable, tan deleitoso, como Él.

Sin embargo, no se trata solo de nuestro enfoque en nosotros mismos; parece que gravitamos naturalmente hacia cualquier cosa menos hacia Jesús, y los cristianos casi tanto como cualquier otra persona, ya sea «la cosmovisión cristiana», «la gracia», «la Biblia» o «el evangelio»; como si fueran cosas en sí mismas que pudieran salvarnos. Incluso «la cruz» puede abstraerse de Jesús, como si la madera tuviera algún poder propio. Otras cosas, cosas maravillosas, conceptos vitales, descubrimientos hermosos hacen a un lado a Jesús con mucha facilidad. Los preciosos conceptos teológicos destinados a describir a Cristo y a Su obra son tratados como cosas por derecho propio. Él se convierte en un ladrillo más en la pared. Pero el centro, la piedra angular, la joya de la corona del cristianismo no es una idea, un sistema o una cosa; ni siquiera es «el evangelio» como tal. Es Jesucristo.

Él no es un mero tema, un asunto que podemos elegir de un menú de opciones. Sin Él, nuestro evangelio o nuestro sistema —por muy coherente, «lleno de gracia» o «basado en la Biblia» que sea— simplemente no es cristiano. Solo será cristiano en la medida en que se trate de Él, y lo que hagamos con Él gobernará lo que queremos decir con la palabra «evangelio». Me atreveré a decir, de hecho, que la mayoría de nuestros problemas y errores de pensamiento cristianos surgen precisamente por olvidar o marginar a Cristo. Es decir, que —a pesar de toda nuestra aparente

cristiandad— fallamos en edificar nuestras vidas y pensamientos sobre la Roca. En medio de todos los debates y desacuerdos de la Reforma, eso fue justo lo que pensó el reformador Juan Calvino:

Porque ¿cómo es que nos dejamos llevar de doctrinas diversas y extrañas (He. 13:9) sino porque no percibimos la excelencia de Cristo? Porque solo Cristo hace que todas las demás cosas se desvanezcan de repente. Por lo tanto, no hay nada que Satanás se esfuerce tanto en lograr como traer nieblas con el fin de oscurecer a Cristo, porque sabe que por este medio se abre el camino para toda clase de falsedad. Este, por lo tanto, es el único medio de retener, así como de restaurar la pura doctrina: colocar a Cristo ante la vista tal como Él es con todas Sus bendiciones, para que Su excelencia pueda ser verdaderamente percibida.¹

Este libro apunta a algo más profundo que una nueva técnica o un llamado a la acción: considerar a Cristo, para que Él pueda volverse más central para usted, para que usted pueda conocerlo mejor, atesorarlo más, y entrar en Su gozo. Así, felizmente, es justo como más honraremos al Padre: compartiendo Su propio deleite eterno en Su Hijo (Jn. 5:23). También es el secreto de cómo llegar a ser como el Señor de amor (2 Co. 3:18). Y a medida que lo consideramos a Él, veremos cómo Él es nuestra vida: nuestra justicia, nuestra santidad, nuestra esperanza.

Así pues, ¿qué quiero de estas páginas? No puedo expresarlo mejor que el predicador escocés Robert Murray M'Cheyne, quien le escribió a un amigo con este consejo:

Aprenda mucho del Señor Jesús. Por cada mirada que se dé a sí mismo, dé diez miradas a Cristo. Él es del

todo hermoso. Qué majestad tan infinita, y sin embargo qué mansedumbre y gracia, y todo para los pecadores, incluso para el principal. Viva mucho en las sonrisas de Dios. Disfrute de Sus rayos. Sienta Su ojo que todo lo ve posado sobre usted en amor y repose en Sus brazos todopoderosos... Que su alma se llene de un sentido que arrebathe el corazón de la dulzura y excelencia de Cristo y de todo lo que hay en Él.²

¡Sí! De eso se trata lo que haremos ahora.

CAPÍTULO 1

En el principio

Detrás de la cortina

¿Cómo es la eternidad? ¿Qué hay allí? Durante milenios, la imaginación humana ha tanteado y adivinado, asomándose a la oscuridad. Y en esa oscuridad ha soñado con dioses y diosas terribles, con demonios y potestades, o con el espacio y la nada absoluta. Asombrados por la inmensidad, nos quedamos aterrorizados de lo que podría haber. Si hay un Dios detrás de todo, ¿cómo es Él?

Jesús. Esa es la respuesta cristiana. Él es como Jesucristo. «En el principio era el Verbo», dice Juan (1:1), «y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios». Antes de todas las demás cosas, antes de que existiera cualquier otra cosa, estaba Dios, y estaba Su Verbo, que era Dios. Y con esa pequeña oración, acaba de ocurrir una revolución. ¿Quiere ver cómo? Veamos qué quiere decir Juan cuando escribe sobre «el Verbo».

En el Antiguo Testamento, el Verbo aparece en Génesis 1, cuando Dios habla para que la creación llegue a existir (y, dado su lenguaje de luz y oscuridad y la gran pista «En el principio...», Juan claramente tenía Génesis 1 en mente cuando escribía). El Verbo es la forma en que Dios se expresa a sí mismo. El Verbo

también vino a los profetas (Is. 38:4), fue enviado para sanar y rescatar (Sal. 107:20), y dio a conocer la mente del Señor (Am. 3:1). Pero Juan también tenía algo más del Antiguo Testamento en mente mientras escribía: el tabernáculo, la tienda donde el Señor vendría y estaría con Su pueblo en el desierto, y donde se vería Su gloria. Porque cuando Juan dice que el Verbo «habitó entre nosotros» (Jn. 1:14), lo expresa de una manera extraña: más literalmente, escribe que el Verbo «plantó Su tienda entre nosotros».

Ahora bien, en la parte más íntima del tabernáculo, en la habitación del fondo, estaba el Lugar Santísimo, donde se decía que el Señor estaba sentado, el «que moraba entre los querubines» sobre el arca del pacto (1 S. 4:4; Lv. 16:2). Y dentro de esa arca bañada en oro se guardaban las dos tablas en las que estaban escritas las diez «palabras» o mandamientos: la ley; la Palabra de Dios. Para los israelitas, esto modelaba la verdad de que la Palabra de Dios pertenece a la presencia —¡al trono mismo!— de Dios.

El Verbo de Dios, por tanto, es aquel que pertenece a la más profunda intimidad con Dios, y el que muestra la realidad más íntima de quién es Dios. Él es «el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia» (He. 1:3). Porque Él mismo es Dios. Él es el «Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios» (Ap. 3:14).

Aquí, por consiguiente, está la revolución: a pesar de todos nuestros sueños, de nuestras oscuras y asustadas imaginaciones de Dios, no hay ningún Dios en el cielo que sea diferente a Jesús. Porque Él es Dios. «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre», dice Él, porque «Yo y el Padre uno somos» (Jn. 14:9; 10:30). Dios no puede ser de otra manera.

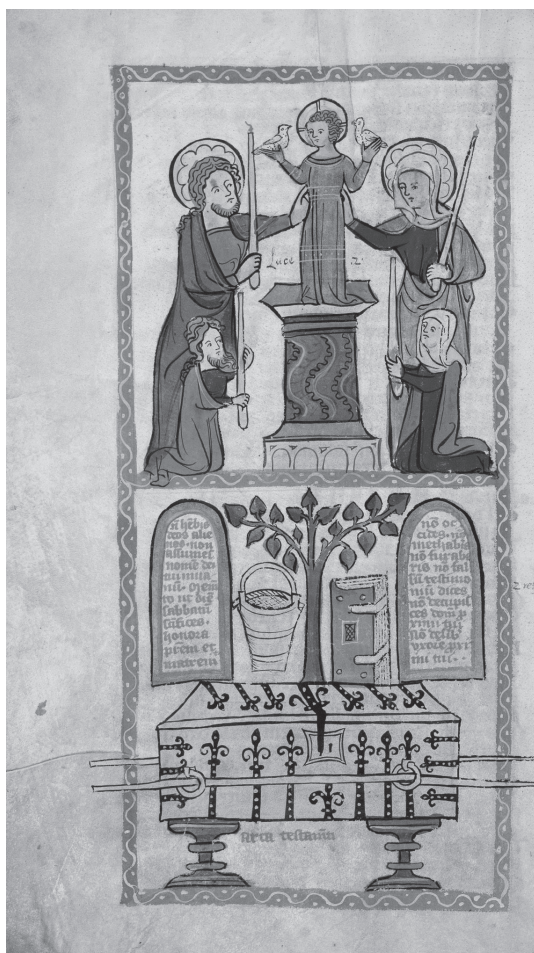


Fig. 1 · «Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo» (Jn. 1:17). Cristo como el verdadero Verbo, el verdadero Maná, la verdadera Vara floreciente. *Speculum Humanae Salvationis*, c. 1360.

Este fue el tema de la que quizás fue la mayor batalla que libró la iglesia en los siglos posteriores al Nuevo Testamento: defender la creencia de que Jesús es verdaderamente Dios, nada menos que el Señor Dios de Israel mismo. Él es, como quedó consagrado en las conmovedoras palabras del Credo Niceno, «Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre». Y no es de extrañar que amaran esta verdad, porque a través de ella la luz del sol irrumpe en nuestros pensamientos sobre quién es Dios y de qué se trata toda la realidad: no hay ningún Dios en el cielo que sea diferente a Jesús. Capturando ese espíritu feliz del Credo, T. F. Torrance se sintió atraído a ser bastante lírico cuando escribió:

De hecho, no hay ningún Dios a espaldas de Jesús, ningún acto de Dios que no sea el acto de Jesús, ningún Dios sino el Dios que vemos y encontramos en Él. Jesucristo es el corazón abierto de Dios, el amor mismo y la vida de Dios derramados para redimir a la humanidad, la mano poderosa y el poder de Dios extendidos para sanar y salvar a los pecadores. Todas las cosas están en las manos de Dios, pero las manos de Dios y las manos de Jesús, en la vida y en la muerte, son las mismas.¹

Deshagámonos de esa horrible y astuta idea de que detrás de Jesús, el amigo de los pecadores, hay un ser más siniestro, uno con menos compasión y gracia. ¡No puede ser! Jesús es el Verbo. Uno con Su Padre. El resplandor, el brillo, la gloria de quién es Su Padre. Si Dios es como Jesús, aunque yo sea pecador como el ladrón moribundo, puedo atreverme a clamar: «Acuérdate de mí» (ver Lc. 23:42). Sé cómo responderá Él. Aunque esté tan cojo y leproso espiritualmente, puedo clamar a Él. Porque sé exactamente cómo es Él con los débiles y los enfermos.

En Él vemos el verdadero significado del amor, el poder, la sabiduría, la justicia y la majestad de Dios. A medida que miremos a Jesús a lo largo de este libro, no estaremos mirando a alguien que no sea Dios; estaremos contemplando a Dios mismo. Y, de hecho, si no acudimos a este Verbo para conocer a Dios, todos nuestros pensamientos sobre Dios, por muy respetuosos, adoradores o filosóficamente satisfactorios que sean, no serán más que idolatría.

Un antiguo predicador puritano, Stephen Charnock, escribió una vez:

¿No es Dios el Padre de las luces, la verdad suprema, el objeto más deleitable...? ¿No es Él luz sin oscuridad, amor sin crueldad, bondad sin maldad, pureza sin inmundicia, toda excelencia para agradar, sin una mancha que desagrade? ¿Acaso no se quedan infinitamente cortas todas las demás cosas en comparación con Él, más por debajo de Él de lo que un montón de estiércol está por debajo de la gloria del sol?²

¡Eso sí que es un deleite envidiable! Aquí había un hombre para quien el solo pensamiento de Dios le producía rapsodias de gozo. En ese arrebató escuchamos a un hombre que parece llevar la luz del sol consigo, un hombre con un núcleo de consuelo. Entonces, ¿cómo podía estar tan enamorado? ¿De dónde provenía tal alegría en Dios? Charnock no podría haber sido más claro: el verdadero conocimiento del Dios vivo se encuentra en y a través de Cristo. Pero lo que vemos en Cristo es tan hermoso que puede hacer que el triste cante de gozo y que el muerto salte a la vida:

...nada de Dios le parece terrible en Cristo a un creyente. El sol ha salido, las sombras se han desvanecido, Dios camina sobre las almenas del amor, la justicia ha dejado

su aguijón en el costado de un Salvador, la ley está desar-
mada, las armas fuera de Su mano, Su seno abierto, Sus
entrañas se conmueven, Su corazón palpita, la dulzura y
el amor están en todo Su porte. Y esta es la vida eterna:
conocer a Dios creyendo en las glorias de Su misericor-
dia y justicia en Jesucristo.³

En Cristo el Verbo, cambiamos la oscuridad por la luz al pensar
en Dios. Porque Él nos muestra perfectamente a un Dios insu-
perablemente deseable, un Dios bondadoso que está en contra
de todo lo que está mal, un Dios que nos derrite. Y solo cuando
veamos eso lo amaremos verdaderamente. Martín Lutero dijo que,

éramos totalmente incapaces de llegar a reconocer el favor y
la gracia del Padre excepto a través del Señor Cristo, quien es la
imagen que refleja el corazón del Padre. Sin Cristo no vemos nada
en Dios, sino a un Juez enojado y terrible.⁴

Si hemos de ser sacados de los pensamientos hastiados y ansio-
sos acerca de Dios, necesitamos tal conocimiento de Cristo. Todos
los días. No de un «Dios» indefinido, sino de Cristo el Verbo,
aquel en quien todas las perfecciones del Dios vivo brillan con
tanto resplandor. Escuchemos a Richard Sibbes:

¿Qué hace que Su poder sea dulce para Sus hijos? ¿Y Su
justicia, al confundir a sus enemigos y dar recompen-
sas? ¿Y Su sabiduría dulce, al reconciliar sabiamente la
justicia y la misericordia en Cristo? Todo lo que hace
esto tan hermoso, es Su gracia y amor... De modo que, si
quisiéramos ver la gloria de Dios, esta aparece más en la
gracia, y la misericordia, y la bondad amorosa, y en atri-
butos tan dulces. Esto hace que todas las cosas en Dios
sean amables; porque ahora podemos pensar en Su justi-
cia, y no temer. Está plenamente satisfecha en Cristo.

Podemos pensar en Su poder con consuelo. Sirve para nuestro bien, para someter a todos nuestros enemigos. No hay atributo, aunque sea terrible en sí mismo, que no sea dulce y amable, porque Dios nos mira con gracia en Su amado... Debemos tomar a Dios, no como considerado abstracta y simplemente, sino a Dios en Cristo; porque otras nociones de Dios son terribles.⁵

Tú que estás sentado entre los querubines, resplandece

El mero hecho de que Dios tenga este Verbo nos dice algo extraordinario y deleitoso acerca de Él. Porque no es simplemente que aquí haya un Dios que resulta que habla (cualquier dios antiguo puede hacer eso): no, es de la naturaleza misma de este Dios tener un Verbo que hablar. Dios no puede estar sin Verbo porque el Verbo es Dios. Aquí, por tanto, hay un Dios que nunca podría ser sino comunicativo, expansivo y extrovertido. Dado que Dios no puede estar sin este Verbo, Él simplemente nunca podría ser solitario. Por la eternidad este Verbo resuena, hablándonos de un Dios incontenible de exuberancia y abundancia; un Dios desbordante de excedentes; un glorioso Dios de gracia.

«Pero espere», claman los críticos («porque tales hombres, lamento decirlo, existen»⁶), «¿es esto realmente tan revolucionario? Tome a Alá, por ejemplo: ¿no tiene él también una palabra, el Corán?». ¡Ah, pero qué diferencia! Alá tiene un libro, pero podría prescindir de él; no implica por un momento que tenga la misma naturaleza abundante que el Dios de Jesús. Este libro suyo nos dice lo que Alá quiere de nosotros, y nos habla acerca de Alá y el carácter que reclama para sí mismo. Pero eso no es en absoluto lo que queremos decir cuando hablamos de

Jesús como el Verbo de Dios. Donde el Corán habla acerca de Dios, Jesús es Dios. Él no se limita a revelarnos alguna verdad, algún otro principio o sistema de pensamiento. Como la luz que sale de su fuente, este Verbo en realidad nos trae a Dios. En Él, ocurre un encuentro directo con Dios. La diferencia es marcada: el Verbo que es Dios revela a un Dios de gracia innata, y Él no se limita a transmitir información para que podamos saber acerca de Dios; en Él, Dios se deleita en encontrarse con nosotros y estar con nosotros.

«¡Este es mi Hijo!»

Además de ser el Verbo eterno de Dios, Jesús también es el Hijo eterno de Dios, y usted ya puede sentir la diferencia en lo que eso significa. «Verbo» es un título que habla más de Su unidad con Dios, el hecho de que Él es Dios; «Hijo» saca a relucir la otra dulce verdad, que Él tiene una relación real con Dios.

En realidad, «relación» es decirlo suavemente: el Padre ama a Su Hijo con una intensidad única y bastante deslumbrante. Lo hizo desde antes de la fundación del mundo (Jn. 17:24), y ahora se regocija en dejar que todo el mundo escuche: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mt. 3:17). Porque el Hijo es aquel en quien nos hizo «aceptos en el Amado» (Ef. 1:6), «mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento» (Is. 42:1), aquel a quien anhela glorificar. Como tal, el Hijo es aquel para quien hace todo, Su Alfa y Omega: todas las cosas [fueron] creadas... para él, el heredero (Col. 1:16).

A menudo se dice que los hijos son «de tal palo, tal astilla», y en la Biblia especialmente, se esperaba que un verdadero hijo fuera como su padre, a su imagen y semejanza, así como Set fue «a su semejanza, conforme a su imagen» de Adán (Gn.

5:3). Jesús les dijo a los judíos de Su época: «Si fuiseis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais» (Jn. 8:39), y dijo que los pacificadores pueden ser llamados «hijos de Dios» debido a cómo se parecen a Dios el pacificador (Mt. 5:9; ver también Lc. 6:35-36). Pero antes y por encima de todos ellos, Jesús es el Hijo de Dios, porque sin una pizca de distorsión, Él es *precisamente* como Su Padre.

La imagen. El heredero. El amado. Como lo expresó el teólogo del siglo IV, Atanasio: «El Hijo es el Todo del Padre».7



Fig. 2 · El legendario ponche navideño de San Nicolás el Taumaturgo.

¡Jo! ¡Jo! ¡Homoousios!

Antes de que comenzaran los cuentos sentimentales del trineo de Santa y su saco de regalos, las historias que se contaban sobre San Nicolás eran bastante diferentes. La que a las madres cristianas les encantaba usar para consolar a sus pequeños era la del venerable obispo, no sacudiendo su barriga como un tazón lleno de gelatina, sino con las mejillas sonrosadas por la ira, golpeando al archiereje Arrio en el Concilio de Nicea.

Durante algunos años, Arrio había estado difundiendo su creencia de que el Hijo no era eterno, Dios mismo; en cambio, era una cosa creada, hecha por Dios para ir y formar un universo. Alarmado por la división que causa esta enseñanza, el emperador romano recién convertido, Constantino, convocó un concilio de obispos para discutir el asunto en Nicea en el año 325 d. C. Fue allí, decían, que Nicolás de Mira escuchó a Arrio por sí mismo; y allí, incapaz de contener su ira ante tal blasfemia, se abalanzó sobre él.

Para ser justos, Arrio y sus seguidores sí buscaron tener argumentos bíblicos. Recurrían a Hebreos 1:5, por ejemplo, que cita el Salmo 2 donde Dios dice: «Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy»,⁸ y preguntaban: «¿Qué hay del día anterior, antes de que Dios se convirtiera en Su Padre? No puede haber sido el Hijo entonces». Astuto, ¿eh? Por supuesto, simplemente estaban sacando una oración de contexto para hacer que dijera lo que querían. En Hechos 13:32-34, Pablo cita las mismas palabras refiriéndose a la resurrección de Jesús (y en otros lugares respalda el pensamiento, argumentando que Jesús «fue

declarado Hijo de Dios con poder [...] por la resurrección» [Ro. 1:4]). Ahora bien, si Hebreos 1:5 significa que hubo un tiempo antes de que Él fuera el Hijo, Hechos 13:33 debe significar que ese tiempo fue antes de la resurrección: antes de ese momento Él no era el Hijo. Pero Dios difícilmente podría haber dejado más claro que Jesús era Su Hijo antes de la resurrección: lo anunció tan públicamente como pudo, llamando a Jesús Su Hijo amado tanto en Su bautismo como en la transfiguración. De hecho, Él era el Hijo antes de nacer de María; de lo contrario, ¿cómo podría decirse que «Dios envió a su Hijo» al mundo? (Gá. 4:4; Ro. 8:3; Jn. 3:17). Lo que veremos más adelante es que las palabras de Dios a Su Hijo —«Yo te he engendrado hoy»—, lejos de ser un motivo de preocupación cristiana, son motivo del gozo más asombroso.

¿Por qué Nicolás y los otros oponentes de Arrio reaccionaron a su enseñanza con tal furia llena de adrenalina? Contrario a las afirmaciones del enérgico movimiento de que el cristianismo no ha sido más que una historia de fanáticos irascibles, no fue porque fueran tontos de mente estrecha. Con una percepción impresionante, vieron que Arrio estaba desechando al Dios de amor y el evangelio de la gracia a cambio de un ídolo de acero que carecía de cualquier concepción real de bondad.

Según Arrio, Dios había creado al Hijo para que hiciera el trabajo duro de lidiar con el universo por Él. Es comprensible, pero eso decía algo profundo: no era que el Padre amara verdaderamente al Hijo; el Hijo era solo Su trabajador contratado. Y si la Biblia alguna vez habló del placer del Padre en el Hijo, solo puede haber sido porque el Hijo había hecho un buen trabajo.

Esa, presumiblemente, es la forma de congraciarse con el Dios que es simplemente el empleador. Pero ese no es un Dios paternal de verdaderas relaciones y bondad sincera.

En realidad, la visión de Arrio tenía connotaciones aún más preocupantes: si Dios no es inherente y eternamente amoroso, ¿qué nos mueve a nosotros que estamos hechos a Su imagen? No el amor por Su Hijo, si incluso Él carece de eso. Tal vez solo necesitemos hacer las cosas correctas y tomar las decisiones correctas. Bueno, podemos hacer eso con bastante facilidad, sin mucha ayuda. No hay necesidad de un nuevo nacimiento y un nuevo corazón con el dios de Arrio, al parecer.

Así, la iglesia cristiana se reunió en Nicea y acordó confesar para siempre que el Hijo es «de la misma naturaleza [homousios] que el Padre». Dios no lo está usando como ayuda contratada, y Él no está usando a Dios para obtener la gloria celestial. Él *siempre* ha estado al lado del Padre. Él es *eternamente amado*, el que muestra que hay un padre sumamente amoroso en el cielo, el que puede compartir con nosotros más que un acuerdo comercial con Dios: ¡la filiación!

Quien es Él cambia el evangelio

Incluso para los cristianos, pasar por alto a Jesús es sumamente fácil, al parecer. Instintivamente pensamos en Dios, la vida, la gracia, la realidad, y rara vez nos detenemos a dejar que Jesús moldee lo que queremos decir con esas cosas. Incluso podemos tener una «cosmovisión cristiana» y descubrir que Jesús no es más que un rasgo interesante en su paisaje; incluso podemos tener un

«evangelio» y descubrir que Jesús es solo el repartidor que trae a casa los bienes reales, ya sea la salvación, el cielo o lo que sea. Pero eso debe cambiar si vamos a tomar en serio el hecho de que Él es el Hijo amado.

Primero, si no hay nada más precioso para el Padre que Él, no puede haber ninguna bendición superior a Él ni nada mejor que Él en todos los sentidos. Él mismo debe ser el «galardón [sobremanera grande]» del evangelio (Gn. 15:1). Él es el tesoro del Padre, compartido con nosotros. A veces nos encontramos cansándonos de Jesús, imaginando tontamente que hemos visto todo lo que hay que ver y que hemos agotado todo el placer que se puede encontrar en Él. Nos aburrimos espiritualmente. Pero Jesús ha satisfecho la mente y el corazón del Dios infinito por la eternidad. Nuestro aburrimiento es simple ceguera. Si el Padre puede estar infinita y eternamente satisfecho en Él, Él debe ser abrumadoramente suficiente para nosotros; en cada situación, por la eternidad.

Segundo, Su filiación —Su relación con Su Padre— es el evangelio y la salvación que Él tiene para compartir con nosotros. Ese es Su gozo. Así como el Padre comparte con nosotros a Su Hijo, el Hijo comparte Su relación con el Padre. Es por eso que en Mateo 11 Jesús dice primero: «nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiere revelar» (v. 27), y luego dice:

Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga (vv. 28-30).

Porque Su relación con Su Padre da forma al descanso, al yugo y a la carga que Él tiene para ofrecer. De hecho, Su relación con Su Padre es el descanso, el yugo y la carga que Él tiene para ofre-

cer. Conocer al Padre, ser humilde ante Él y manso como Él: ese es el descanso que todos buscamos, el único yugo que es fácil, la única carga que es ligera. Y como lo expresó Samuel Rutherford, aquellos que lo tomen «encontrarán que es una carga como las alas para un pájaro, o las velas para un barco».⁹

¿La Trinidad o Jesús?

Algunos autores le dirán que «*la Trinidad* es el centro rector de toda creencia cristiana»;¹⁰ otros dirán cosas como «El centro, la piedra angular, la joya de la corona del cristianismo... es *Jesucristo*»¹¹ ¿Diferentes escritores, diferentes énfasis? ¿Cristianos confundidos?

No, no hay contradicción ni confusión aquí: honrar a Jesús es honrar al Dios trino. Porque si vamos a hablar de Jesús, debemos hablar de Él como el *Hijo* de Dios, como el Verbo que da a conocer a Su *Padre*; debemos hablar de Él como el Cristo («el ungido»), el ungido con el *Espíritu Santo*. En otras palabras, al hablar de Jesús, no podemos sino hablar de la Trinidad. Porque Él es quien da a conocer al Dios trino. La Trinidad, no es un complemento complejo de Jesús, un asunto de nivel superior para aquellos listos para ir más allá de la simple confianza en Él: al pensar en la Trinidad, nos estamos esforzando por conocer mejor a Jesús.

Y por otro lado, si vamos a hablar de la Trinidad, debemos hablar del Padre que es dado a conocer por Su Hijo Jesucristo en el poder del Espíritu. Cualquier «trinidad» que pueda escabullirse, desvinculada de Jesús, no es más que un juego de fiesta filosófico.

Usted puede encontrar tales trinitades flotando por ahí, llenas de charlas emocionadas sobre el amor, la relación y la gran conga que es el Padre, el Hijo y el Espíritu. Pero separados de Jesús, se convierten solo en bailes celestiales moldeados por la preferencia de baile de cada persona (algo que infunde el temor de Dios en aquellos que prefieren sentarse tranquilamente).

No, Jesús es quien da a conocer al Dios trino, quien nos muestra el amor de Dios y la vida de Dios. Para ser verdaderamente trinitarios, debemos estar constantemente centrados en Cristo.

El amor que mueve el sol

Por la eternidad, el Verbo fue pronunciado, hablando de un Dios de vida desbordante. Por la eternidad, el Hijo fue atesorado, hablando de un Dios de amor inagotable. Dado que este es el Dios que encontramos en Jesús, tal vez no sea sorprendente que Él decidiera tener una creación, para desplegar y extender Su vida y amor. El predicador del siglo XVIII, Jonathan Edwards, lo expresó de manera inolvidable:

La creación del mundo parece haber sido especialmente para este fin, que el Hijo eterno de Dios pudiera obtener una esposa, hacia la cual pudiera ejercer plenamente la benevolencia infinita de Su naturaleza, y a quien pudiera, por así decirlo, abrir y derramar toda esa inmensa fuente de condescendencia, amor y gracia que había en Su corazón, y que de esta manera Dios pudiera ser glorificado.¹²

Y así, como el Verbo extrovertido de Dios, como el Hijo lleno del amor de Su Padre, Él se convirtió en la Lógica detrás de la creación, «el principio», el fundamento de todo, y aquel para quien todo sería (Col. 1:17-18). Luego, en el poder del Espíritu que se movía sobre las aguas, el Verbo salió. Dios habló, y a través de ese Verbo potente todas las cosas llegaron a existir. Como el Padre dijo del Hijo: «Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos» (He. 1:10; citando el Sal. 102:25). El Hijo se convirtió de hecho en «el primogénito de toda creación» (Col. 1:15).



Fig. 3 · La Rosa Celestial, 1867. Ilustración de Gustave Doré de la visión de Dante al final de la Divina Comedia.

Tristemente, muchos cristianos tienen un virus de fondo en su comprensión del evangelio aquí. No es fácil de detectar, pero corroe toda su confianza en Cristo. Es esto: la sospecha furtiva de que, si bien Jesús es un salvador, en realidad no es el Creador de todo. Así que cantan de Su amor un domingo —y allí es verdad—, pero al caminar a casa por las calles, pasando por las personas y los lugares donde la «vida real» continúa, no sienten que sea el mundo de Cristo; como si el universo fuera un lugar neutral o como si el cristianismo fuera solo algo que hemos untado sobre la «vida real». Jesús se reduce a ser poco más que un reconfortante bocado de chocolate espiritual, un amigo imaginario que «salva almas», pero no mucho más.

La Biblia no conoce a un Cristito tan insignificante y risible. «Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho» (Jn. 1:3). Como tal, es absurdo imaginar que Él, el Creador, el que está por encima y antes de todas las cosas, deba ocuparse de nada más que de «salvar almas». El Señor del cosmos tendrá un propósito cósmico: renovar Su mundo entero, destruyendo el mal de él para siempre.

Dado que Jesucristo es aquel «por medio del cual son todas las cosas» (1 Co. 8:6), el agente de la creación de Dios que continúa sosteniendo y sustentando la creación que trajo a la existencia, las marcas de Su arte están a nuestro alrededor. Desde el erizo de mar más pequeño hasta la estrella más brillante, todas las cosas llevan Su magnífico sello. Los cielos no pueden sino declarar Su gloria, porque son Su obra, y continúan manteniéndose unidos solo en Él. Su carácter está escrito en la esencia del universo tan íntimamente que incluso para pensar en contra de Cristo, el Logos, usted debe pensar en contra de la lógica y descender a la locura (Sal. 14:1). En Su mundo, nuestras facultades funcionan mejor cuanto más se aprovechan para la fe en

Él. Entonces somos capaces de ser más lógicos, más vibrantes, más imaginativos, más creativos, porque estamos trabajando a favor de la corriente.

Alguien que se tomó esto muy en serio fue Jonathan Edwards. Dado que Dios había creado con el fin de comunicarse a Sí mismo, Edwards creía que el universo está «lleno de imágenes de cosas divinas, tan lleno como un lenguaje lo está de palabras».¹³ Los detalles más pequeños en todo, desde arañas y gusanos de seda hasta arcoíris y rosas, todos derraman conocimiento sobre Cristo y Sus caminos. Por ejemplo, la «salida y puesta del sol es un tipo [una imagen] de la muerte y resurrección de Cristo», la verdadera luz del mundo.¹⁴ «La leche, por su blancura, representa la pureza de la Palabra de Dios. Representa adecuadamente la Palabra debido a su dulzura y naturaleza nutritiva, y por ser para los santos en este estado presente en el que son niños».¹⁵

Esto, dijo el reformador Martín Lutero, fue la razón por la que en Génesis 2:1 se dice que los cielos y la tierra están llenos de un «ejército» (o «hueste») de criaturas, porque «Dios creó a todas estas criaturas para que estuvieran en servicio militar activo, para luchar por nosotros continuamente contra el diablo».¹⁶ Es decir, reflejan la verdad con la que vencer las mentiras del acusador: a través del sol que ahuyenta libremente la oscuridad cada mañana, podemos reflexionar sobre la gracia, la belleza y la victoria de Cristo; al beber agua sentimos cómo Él refresca al sediento; a través de la libertad con la que respiramos el aire experimentamos Su generosidad, y así sucesivamente.

«Allí, de no ser por la gracia de Dios, voy yo»

Eso dijo el reformador inglés John Bradford, aparentemente, cuando vio a unos prisioneros siendo llevados para su ejecución. La muerte, él lo sabía, era lo que merecía su pecado. Al final, él mismo sería ejecutado, aunque no por ningún pecado. En 1555, fue quemado en la hoguera en Smithfield como parte de la campaña de la «Sanguinaria» reina María contra los evangélicos. Atado a la estaca, se volvió hacia su compañero mártir, John Leaf, y dijo: «Tenga buen ánimo, hermano; porque esta noche tendremos una cena alegre con el Señor».

La mayoría de los cristianos toman las horas de las comidas como una oportunidad para agradecer a Dios y recordarlo como su proveedor, pero Bradford veía cada parte del día como un recordatorio del evangelio. Al despertar por la mañana, él «traía a la mente el gran gozo y la bienaventuranza de la resurrección eterna... esa luz tan clara y mañanilla brillante... después de la larga oscuridad». Al ver el sol, alababa a la Luz del mundo. Al levantarse, pensaba en cómo Cristo nos levanta. Al vestirse, oraba: «Oh Cristo, vísteme contigo mismo» y recordaba «cómo estamos incorporados a Cristo... cómo Él nos viste». Al comer carne, lo comparaba con alimentarse del cuerpo de Cristo. Al regresar a su casa, pensaba: «Qué regreso tan gozoso será llegar a nuestro hogar eterno, más tranquilo y más feliz». Y cuando finalmente se desvestía y se metía en la cama por la noche, pensaba en despojarse «del viejo hombre, con sus concupiscencias» y prepararse para el sueño de la muerte:

«Así como no tiene miedo de entrar en su cama y disponerse a dormir; así no tenga miedo de morir».¹⁷

Para Bradford, este es el mundo de Cristo, y vivimos más felizmente en él cuando lo reconocemos constantemente.

Ecós de un cántico antiguo

Existe un antiguo argumento victoriano de que el cristianismo es poco más que paganismo reciclado, y que sus mejores ideas simplemente fueron robadas y reformuladas. Después de todo, escribió más de un antropólogo emocionado, oliendo sangre: el antiguo Egipto, Grecia y Roma conocían los nacimientos virginales y los dioses que morían y resucitaban. Orfeo, descendiendo al Hades para rescatar a su novia; Baco, el dios nacido de mujer, honrado a través del vino; Osiris, el dios «resucitado»: ¿acaso no suenan todos familiares, demasiado similares, de hecho, a Jesús?



Fig. 4 · Balder el hermoso. Por Elmer Boyd Smith, 1902.

C. S. Lewis adoraba tales mitos, y en su juventud estuvo obsesionado por la historia de Balder, el dios nórdico de la luz y el gozo trágicamente asesinado. Después de la conversión de Lewis al cristianismo, llegó a ver estas similitudes como cualquier cosa menos problemática. Porque, dado que este es el mundo de Cristo, por supuesto que las historias que contamos y los sueños que tejemos son un eco de Él. Él define la realidad fundamental, y nosotros simplemente no tenemos la capacidad de crear una alternativa real. Podemos imaginar mundos completamente nuevos, pero esos mundos no serán totalmente nuevos. Para parecer reales en absoluto, deben participar de alguna realidad, y esa está definida por Cristo el Creador. Por lo tanto, nuestras historias están llenas de villanos con forma de serpiente, de tragedias y damiselas en apuros, de valientes héroes jóvenes que luchan contra la oscuridad, que son heridos en la pelea, que ganan, que finalmente se quedan con la chica y viven felices para siempre. Porque esa es la historia de Cristo.

Cuando Lewis leyó a Homero y vio su idea de que solo un trago de sangre de un sacrificio puede restaurar la racionalidad de un fantasma, lo vio como «una de las más sorprendentes entre muchas anticipaciones paganas de la verdad».¹⁸ Él recurre a un pasaje de *La República*, de Platón, donde Platón nos pide, por lo tanto, que imaginemos a un hombre perfectamente justo tratado por todos los que lo rodean como un monstruo de maldad. Debemos imaginarlo, todavía perfecto, mientras es atado, azotado y finalmente empalado (el equivalente persa de la crucifixión). Ante este pasaje, un lector cristiano se sobresalta y se frota los ojos. ¿Qué está pasando? ¿Otra de estas afortunadas coincidencias? Pero pronto ve que hay algo aquí que no puede llamarse suerte en absoluto.¹⁹

Lejos de eso. O tome la Cuarta Égloga de Virgilio, que, aunque escrita décadas antes del nacimiento de Jesús, habla

asombrosamente del nacimiento de un niño del cielo que marcará el comienzo de una nueva edad de oro. Lewis hizo de esto una parte habitual de su lectura navideña. Los mitos podían disfrutarse y no temerse. Porque no es que el cristianismo y los mitos juntos representen algo más primitivo que ellos mismos, mostrando que el cristianismo es solo un sueño humano más. Eso era lo que habían argumentado los antropólogos victorianos: que todos los dioses que morían y resucitaban trataban realmente sobre el paso de las estaciones, a través de la muerte del invierno hacia la nueva vida de la primavera. En cambio, es el paso de las estaciones de la muerte a la vida lo que representa lo que es más fundamental: su Creador que derrota a la muerte. Maravillosamente, significa que, como lo expresó G. K. Chesterton, el cristianismo satisface:

...la búsqueda mitológica del romance al ser una historia y la búsqueda filosófica de la verdad al ser una historia verdadera. Es por eso que la figura ideal tenía que ser un personaje histórico, ya que nadie había sentido jamás que Adonis o Pan fueran un personaje histórico. Pero esa es también la razón por la que el personaje histórico tenía que ser la figura ideal; e incluso cumplir muchas de las funciones dadas a estas otras figuras ideales; por qué Él era a la vez el sacrificio y la fiesta, por qué podía ser mostrado bajo los emblemas de la vida que crece o el sol naciente.²⁰

El Dios de Abraham, Isaac y Jacob

En el sexto y último día de Génesis 1, el Verbo de Dios salió por última vez en la creación. «Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen» (Gn. 1:26). ¿Pero luego qué? ¿Qué iba

a hacer el Verbo ahora consigo mismo? Por supuesto, ahora había un universo que sostener, pero Él nunca se dedicaría a sostener el universo por el simple hecho de hacerlo, y pasaría mucho tiempo antes de que estuviera en ese pesebre en Belén. Sin embargo, Él es el Verbo de Dios; nunca podría estar inactivo. Es a través de Él que Dios le hablaría a la humanidad que había creado. Su Padre no actuaría sin Él, y Él parecía positivamente impaciente por estar con Su pueblo.

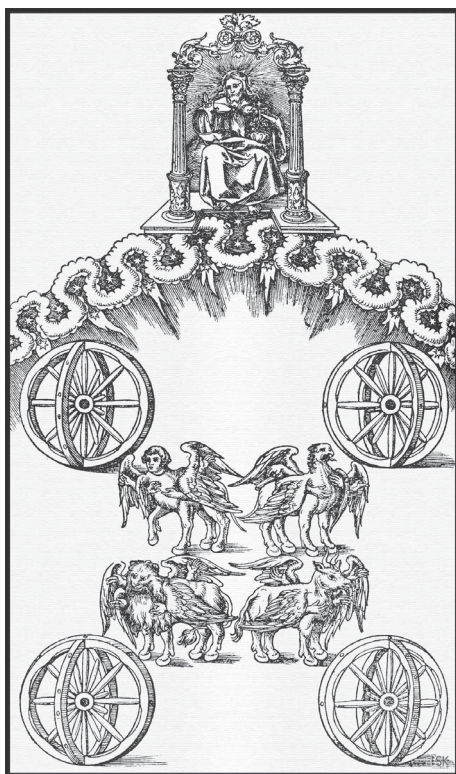


Fig. 5 · Cristo como la Gloria del Señor en Ezequiel 1, por Lucas Cranach el Joven, Biblia de Wittenberg, 1541.

Justo después de que Juan presentara al Verbo al principio de su evangelio, escribió que «A Dios nadie le vio jamás» (Jn. 1:18). Si lo hubiera dejado así, su evangelio habría sido el hazmerreír de todas las sinagogas, porque no es necesario leer el Antiguo Testamento con mucho cuidado para ver que miles sí vieron a Dios. Jacob, después de luchar con Él, exclamó: «Vi a Dios cara a cara» (Gn. 32:30); leemos que Jehová hablaba regularmente con Moisés «cara a cara, como habla cualquiera a su compañero» (Éx. 33:11) y en el Sinaí, con su hermano Aarón, sus sobrinos y setenta ancianos de Israel, «vieron al Dios de Israel» (Éx. 24:10); los padres de Sansón clamaron: «a Dios hemos visto» (Jue. 13:22), al igual que Isaías, quien se lamentó: «¡Ay de mí! que soy muerto [...] han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos» (Is. 6:5). A veces la visión se describía como ver «la gloria de Jehová», como cuando Ezequiel se levantó y salió al campo; «y he aquí que allí estaba la gloria de Jehová» (Ez. 3:23). Pero esta visión de «la gloria de Jehová se apareció a todo el pueblo» de Israel en el Éxodo, un pueblo que sumaba muchos cientos de miles (Lv. 9:23; Éx. 16:10).

Así pues, era importante que Juan continuara: «A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer» (Jn. 1:18). ¿A quién habían estado viendo todos ellos? No a Dios el Padre, sino a Dios el Unigénito: el Verbo, el Hijo, la gloria de Dios. A veces en el Antiguo Testamento se le llama «el ángel de Jehová», que no es un ángel creado («mensajero»), sino que, aunque enviado como mensajero del Señor, es claramente Dios mismo. El ángel de Jehová habla como Señor y Dios y se le dirige como tal (Gn. 16:10-13; Éx. 3:2-15); Jacob bendice en Su nombre, llamándolo su Dios y libertador (Gn. 48:15-16); y se dice que Él es quien saca a Israel de Egipto (Jue. 2:1).

Sin embargo, no es como si el Hijo simplemente tuviera un papel secundario en el Antiguo Testamento, apareciendo al azar de vez en cuando solo para mantenernos a todos entretenidos. Usted puede tener esa impresión por la falta de aliento con la que algunos hablan del hombre/Dios que luchó con Jacob (Gn. 32:24-30), o del cuarto hombre en el fuego que se unió a Sadrac, Mesac y Abed-nego, el que tenía un aspecto «semejante a hijo de los dioses» (Dn. 3:25). Como si esas fueran rarezas inauditas, excepciones a la regla de que el Dios del Antiguo Testamento es en realidad solo el Padre (o peor aún, solo un «Dios en general»). La dificultad con este punto de vista es que tiende a tratar a Jesús como un apéndice posterior del Nuevo Testamento al Dios «verdadero» (con el resultado de que tememos cómo es este Dios «verdadero» detrás de Jesús).

La propia afirmación de Jesús sobre Sí mismo, sin embargo, no fue que Él era simplemente cualquier ser divino antiguo o «Dios»; Su afirmación fue que Él era muy específicamente el Señor Dios de Israel mismo, venido en la carne. «Antes que Abraham fuese, yo soy», dijo en Juan 8:58, adjudicándose el nombre divino YO SOY (que traducimos al español como «Jehová» o «el Señor»). Por lo tanto, no es nada extraño que Él deba aparecer, hablar y estar con Su pueblo. Porque Él es «Jehová» que sale de parte de «Jehová» (Gn. 19:24). Él es «Jehová de los ejércitos» que dice: «Jehová de los ejércitos me envió» (Zac. 2:8-9). Él es aquel en quien los fieles siempre han confiado. Como lo expresó Juan Calvino: «Dios nunca se reveló a sí mismo fuera de Cristo», y «aparte del Mediador, Dios nunca mostró favor hacia el pueblo antiguo, ni les dio esperanza de gracia... [de modo que] la esperanza de todos los piadosos siempre ha reposado solo en Cristo».²¹



*Fig. 6 · Cristo expulsa a Adán y Eva del Jardín del Edén.
Salterio de San Albano, c. 1130.*

¿Qué estaba haciendo Cristo, en otras palabras, «a. C.»? Estaba experimentando lo que significa —probando lo que pronto significaría— ser Salvador, Rey, Profeta, Sacerdote, Sacrificio, y todo lo que Él sería y lograría. Como el Verbo de Jehová, Él dio a conocer a Dios. Él juzgó el mal (Gn. 19:24). Él salvó a Su pueblo (Is. 63:9; Jud. 5), guiándolos a través del desierto, alimentándolos con maná y defendiéndolos de sus enemigos. Incluso tuvo tiempos amistosos de comunión, compartiendo con Su pueblo (Gn. 18:1-8; Éx. 24:10-11): Él era, después de todo, el esposo de Su pueblo, y los amaba como el mejor de los esposos (Is. 62:5).

Él también sirvió como mediador e intercesor, orando por Su pueblo como un hombre aboga por un amigo (Job 16:20-21; 1 S. 2:25). Con esto, comenzamos a verlo anticipando más obviamente lo que estaba por venir. En una escena sorprendente en Jueces, el ángel de Jehová se apareció a los padres de Sansón: cuando ofrecieron un sacrificio, «cuando la llama subía del altar hacia el cielo, el ángel de Jehová subió en la llama» —como si Él fuera el sacrificio (Jue. 13:20). Jonathan Edwards escribió sobre esto:

Aquí Cristo se le apareció a Manoa en una representación tanto de Su encarnación como de Su muerte: de Su encarnación en que apareció en forma humana, y de Su muerte y sufrimientos representados por el sacrificio de este cabrito, que Cristo ahora significó al ascender en la llama del sacrificio, insinuando que era Él quien era el gran sacrificio que debía ofrecerse a Dios como olor fragante en el fuego de Su ira, así como ese cabrito fue quemado y ascendió en esa llama.²²

Y dado que Él era el que «aparecer[ía] en la nube sobre el propiciatorio» en el Lugar Santísimo (Lv. 16:2), solo podemos imaginar cómo observaba la obra del Sumo Sacerdote, cómo veía la sangre

rociada de cada sacrificio, y cómo le hacía pensar en la obra que tenía por delante.

Mira, tu rey viene a ti

Sin embargo, aunque podía rescatar a Su pueblo de Egipto, darles pan del cielo e incluso venir a estar con ellos, Él quería más. Nosotros necesitábamos más. Él quería y nosotros necesitábamos aquello hacia lo que apuntaban todas esas cosas: un rescate verdadero, un pan que da vida eterna, Su presencia con nosotros para siempre. Y así se dio esa promesa: «He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel» (Is. 7:14).